

IV. ANÁLISIS CULTURAL

PROBABLE EMERGENCIA DE UN NUEVO SISTEMA CULTURAL

Jesús Vergara Aceves

1. Introducción: un hecho insólito

El 6 de julio marcó un hito histórico, con la enorme afluencia de votantes en el Distrito Federal. Nunca había llegado, en votaciones no presidenciales, a más del 60%, y la provincia se emuló bastante. Este día puede trazar, además, un itinerario democrático que lleve a satisfacer las exigencias sociales fundamentales. Porque el consenso democrático es el único camino viable y maduro para obtener las conquistas que requiere la justicia de la nación.

El 6 de julio, el pueblo expresó su voluntad, con libertad y alegría y en forma pacífica, tanto a nivel nacional como regional. Los tres calificativos de la voluntad expresa son sumamente importantes: cuando el pueblo siente que se toma en cuenta su voluntad, acude a expresarla claramente.

Cuando se le respeta –y el Instituto Federal Electoral (IFE) acreditó la propuesta democrática en la que el Presidente Zedillo tiene mérito especial–, no responde con agresión violenta. Cuando se siente corresponsable de la nación, se autoafirma en su dignidad con alegría y sin miedo. Éste es un hecho macizo que ahí queda, sin ningún demérito.

¿Qué dijo? Básicamente que no le satisface el partido del gobierno. El pueblo desechó el voto del miedo al cambio. Quizá, fue un poco más allá al aplicarle, al partido del gobierno, y a todo lo que parece ligado a él, un voto de castigo, al preferir sobre todo al PRD y al PAN. El voto de castigo al PRI es claro en el Distrito Federal, en Nuevo León y Querétaro. Ya no vale, en estas desesperadas circunstancias, el dicho “es mejor malo por conocido que bueno por conocer”.

Este significado general puede matizarse con estas otras interpretaciones probables.

Puede entenderse como un voto democrático maduro que pide que la ciudadanía no sólo sea respetada en la elección de sus candidatos, sino también que diga su palabra sobre el proyecto de país que quiere, sobre el camino de acceso a él y sobre la satisfacción inmediata de sus necesidades básicas. Democracia, pues, abierta, participativa, creadora, solidaria y responsable. Esta actitud sería una fuerte oposición a todo autoritarismo, particularmente el presidencial poderoso y la organización vertical descendente –corporativismo–, y una necesidad de restituir equilibradamente los tres poderes de la Unión y de una gobernabilidad plural, donde alternen los partidos políticos.

Pero también puede entenderse como un voto no mayoritariamente comprometido con ideologías, plataformas y programas de gobierno, sino que busca lo inmediato, en cuanto sólo desea que le satisfagan prontamente sus necesidades más apremiantes. Sería un voto interesado en salir de la situación de emergencia. Al excluirse el miedo al cambio, se sueltan los sentimientos de rechazo a los antiguos gobernantes y el voto de castigo al partido al que pertenecían. Emocionalmente, se vuelve el voto a los que cree que van a corregir realmente la situación.

En el Distrito Federal, este voto utilitarista reviste ciertas peculiaridades. Primero, abandona la propuesta oficial priísta por ser incapaz de generar cambio. Acepta la propuesta pluripartidista con la que el Presidente Zedillo se ha comprometido, como en su momento lo hizo el expresidente Salinas.

Pero las mayorías no están convencidas con Zedillo, ni en lo económico porque no sienten en sus bolsillos la recuperación, ni en sus ambiguas relaciones con su partido: a veces independizándose y a veces favoreciéndolo claramente. Entonces se vuelve a reivindicar, sin aceptar críticas, a Cuauhtémoc Cárdenas tanto frente a Carlos Salinas (1988), como frente a Zedillo (1994) y a creer que es el único líder capaz de competir con Zedillo y de acelerar el proceso de cambio. Si esta interpretación se comprobara, tendríamos un voto superficialmente democrático, con la desventaja de que vuelve a poner la esperanza en un caudillo con autoridad, como clave del progreso, sin considerar más allá que esto ha sido siempre lo que el viejo priísmo hacía del caudillo en turno, el autoritarismo presidencialista. Cambiaría sólo de nombre de partido pero no de realidad política. Volvería a poner el sentido de la democracia en el caudillismo.

Pero una golondrina no hace verano. Los hechos son históricos cuando trascienden su momento y se hacen presencia nacional. En la vida nacional son de primera importancia los hechos o conjuntos de hechos que se repiten regularmente junto con otros fenómenos y hacen posible el desarrollo social. El pueblo necesita muchos días como el 6 de julio, con el fin de poner en marcha la democracia para llegar a establecerse como pueblo libre.

Detrás de los hechos que se aglutinaron en la actividad del 6 de julio, hay un conjunto de acciones y condiciones que la hicieron posible. No podemos ignorarlas.

La primera es la órbita mundial en que se mueve México. La votación hizo que nuestro pueblo ganara en prestigio ante las miradas internacionales, porque hay actitudes democráticas que se valoran y exigen, como los comicios nutridos y transparentes. Otra actitud semejante se confirmó al día siguiente de la votación: el ascenso de valores en la Bolsa y la garantía implícita de que se favorecerán las inversiones extranjeras. En esto se unen las dos condiciones: la economía nueva exige una política nueva. Y en nuestro caso, la política da también un paso al frente; cosa que, desgraciadamente, no quieren ver los que se empeñan en mantener las redes de corrupción y dominio, establecidas por años. Cuando avance y se consolide más la solidaria responsabilidad democrática, vamos a tener que afrontar los problemas sociales que se generan en esta órbita, principalmente económica, en que México ha entrado. Entonces va ser necesario rectificar aspectos simplemente dictados por la economía, para ponerla al servicio de la realización social de este pueblo.

Por ahora, este ajuste político a lo económico resulta positivo, porque ayuda a dar un paso hacia la democracia. Pero no todo es miel sobre hojuelas. El pueblo necesita perseverancia, paciencia y tolerancia en el diálogo y el acuerdo. Estos valores abundan poco entre nosotros, los mexicanos. Somos caprichosos. Estamos acostumbrados a que casi no se nos tome en cuenta y, por tanto, a no dialogar con discrepantes, a no buscar, entre todos, nuevas soluciones y a negociar sobre la marcha. En cuanto podemos, escamoteamos la ley que por siglos nos han aplicado como instrumento corrupto al servicio del poderoso. Estas actitudes no permiten crear las condiciones para un bienestar común.

En conclusión: la votación del 6 de julio es un hecho significativo y puede hacerse histórico si adquiere presencia constante en la vida nacional.

Pasamos, pues, a las categorías de análisis cultural que presentarán el significado de una votación constante y nutrida, de una votación responsable, o de una vuelta a altos índices de abstencionismo electoral. Es decir, entender culturalmente qué pasa tanto cuando se mantiene la participación electoral como cuando decrece notablemente.

2. Presentación de los sistemas culturales operativos

Las ciencias modernas son empíricas: asumen unos datos, formulan sus hipótesis, las verifican y forman sistemas dinámicos que se transforman en un proceso evolutivo. La evolución se comprueba cada vez que, en el conjunto que antes se había considerado, surge un dato nuevo que permanece y altera todas las relaciones que antes había entre los antiguos elementos.

Los científicos llaman *probabilidad emergente* al nuevo dato que permanece, y al nuevo conjunto de datos, *esquemas de recurrencia*. Con el avance científico, estos esquemas se consolidan en nuevos sistemas, dinámicos y siempre en evolución.

De las culturas empíricas modernas, caracterizadas por el significado y los valores de una manera concreta de vivir, se puede comprobar tanto la probabilidad emergente en nuevos hechos que mantienen su presencia significativa en una época determinada, como los esquemas de recurrencia y los sistemas que caracterizan el perfil de una determinada cultura.

Cada sistema cultural operativo puede considerarse en cuatro aspectos:

1. El funcionamiento consiste en el flujo regular de realizaciones comunes para el bienestar de todos: económicas, sociales, políticas y culturales.
2. Las acciones coordinadas que requiere el funcionamiento del sistema.
3. Los presupuestos y condiciones que hacen posible esa coordinación de acciones; son básicamente los valores, los hábitos y las instituciones.
4. El estatus de los funcionarios que requiere el sistema.

En nuestro caso, el crecido número de votantes del 6 de julio puede verse como una probabilidad emergente que puede llevar a la conformación de un nuevo sistema cultural. Esta probabilidad tiene un indudable significado del voto y, por tanto, de democracia.

Vamos a considerar la democracia en tres probabilidades: 1) como alto grado de abstencionismo, es decir sin probabilidad emergente, un sistema cerrado al cambio, 2) como simple ejercicio de votación sin calificación alguna, es decir como democracia emergente, puramente electiva pluripartidista, y 3) como ejercicio emergente de democracia que realiza consensos para un bienestar común, en una sociedad plural, es decir, como proceso auténtico de democracia participativa y solidaria en la creación del tipo de sociedad que se quiere vivir.

La primera forma había prevalecido hasta el presente. La segunda es requerida por el mundo actual de economía globalizada. La tercera es la que puede llegar a superar muchos condicionamientos sociales que impone, por ejemplo, el actual modelo económico y puede inaugurar nuevos sistemas aun económicos.

2.1. Flujo regular de realizaciones sociales

En un primer acercamiento al sistema cultural operativo en nuestra patria, vamos a tomar en cuenta el siguiente flujo de realizaciones (o no realizaciones) sociales:

- En lo económico: la producción y distribución de la riqueza.
- En lo social: la relación entre las clases trabajadoras y las del capital, el empleo y desempleo, la frustración social, el narcotráfico, las migraciones, el grado de violencia e inseguridad públicas, el mayor o menos aislamiento de los grupos sociales, particularmente los indígenas, pluralidad de razas y culturas.
- En lo político: pluralismo de partidos, democracia puramente electiva o definitoria del proyecto de país, legislación acorde con ese proyecto, apertura a nuevas problemáticas y búsqueda de consensos, ejercicio y abuso del poder político en los cargos públicos, autoritarismo presidencialista, equilibrio de los tres poderes de la Unión.
- En lo cultural: sentido y valores estéticos y éticos de la vida nacional, conductas individuales y colectivas, sociabilidad, solidaridad y justicia, pluralismo cultural.

Sobre el flujo de estos sistemas hemos de destacar dos fenómenos importantes: el equilibrio (homeóstasis) del sistema y la tendencia a restablecerlo con otro sistema, cuando se produce el desequilibrio por la falla de algún elemento que afecta el todo.

Todos los sistemas culturales tienden a mantener un equilibrio del conjunto. En el equilibrio sostenido puede haber crecimiento armónico o decadencia paulatina. Cuando se rompe el equilibrio por medidas irracionales intensas, primero viene un estallido social y luego una tendencia a restablecer el equilibrio.

Los comicios recientes pueden significar, si persiste la activa participación ciudadana, la emergencia de un nuevo elemento que afecta todo el sistema y que requiere un nuevo acondicionamiento holístico.

¿A qué se debe la emergencia de este fenómeno? Podemos apuntar a estas causas: la muy larga estancia en la hegemonía política del partido del gobierno: sus sexenales fracasos económicos, el auge del abstencionismo individualista, de la corrupción y la impunidad; el muy largo trayecto de la oposición, sobre todo del Partido Acción Nacional y de los grupos de oposición, particularmente de la antigua izquierda; los acontecimientos de 1968; la docena trágica; y, sobre todo, el nuevo modelo económico, llamado neoliberalismo por sus mismos fundadores, intensificado por el Tratado de Libre Comercio, en 1994, junto con los altos niveles de corrupción, inseguridad y violencia públicas.

En nuestros análisis anteriores insistimos en destacar la manera como el neoliberalismo penetra en los países, sobre todo periféricos. Sus exponentes señalan la estrategia de penetración: desde la ideología economicista, con ayuda de los medios de comunicación, a la transformación de las instituciones, particularmente de las sociales y políticas, hasta condicionar a la sociedad para este modo de producción. Lo cual sólo se llevaría a cabo con la conquista del último bastión, la cultura.

Señalábamos también la estrategia de recuperación, contraria al neoliberalismo: desde la cultura a la sociedad para transformar las instituciones y mantener la posición crítica e independiente ante las diversas ideologías.

Ahora, en el actual análisis, ampliamos esa estrategia y enfatizamos su prioridad, con la ayuda de los sistemas operativos.

Este fenómeno de alta participación ciudadana, ¿llegó para quedarse?

A lo largo de nuestro estudio de las características del sistema, vamos a

tratar de hacer un acercamiento para empezar a ver los grados de probabilidad que tiene.

Este primer semestre de 1997 tiene una dramática significación de la inequidad de la distribución de la riqueza y sus estragos sociales, en la huelga de hambre que hicieron los barrenderos del estado de Tabasco en el Distrito Federal.

Recurrir a la huelga de hambre en un país hambriento presagia que se ha llegado ya a la última batalla de una guerra irreconciliable por sus posiciones antagónicas.

Y en el terreno de la resistencia no violenta, la disparidad de fuerzas es manifiesta. Por un lado, puede estar la apuesta definitiva, a pesar de las manipulaciones políticas: vivir con justa dignidad o morir. Por otro, aparece lo deleznable de unas razones "humanitarias" de los poderosos, que por dos años no escucharon lo que ahora se ha declarado una causa justa. La política no puede ser la última palabra.

Los ideólogos bien lo saben. Fukuyama reconoce que el impedimento más serio al progreso de la nueva racionalidad del liberalismo está en los últimos valores de la sociedad.

La huelga, pues, de los barrenderos de Tabasco tiene un significado sociocultural de suma importancia y está muy por encima de las luchas y de los manejos políticos que se ha querido hacer sobre ella.

La sociedad ya está decidida al cambio. Se ha puesto de pie para la transición.

La huelga terminó el 24 de enero. Fundamentalmente se dio la razón a los trabajadores, en cuanto a la instalación de los despedidos. Quedó demostrada la eficacia de la no violencia, manejada por una sociedad consciente de su dignidad.

Para nuestra manera de ver, uno de los más graves y trascendentales problemas que tiene el México de hoy, está en Chiapas. Es, independientemente del ejército zapatista, el elemento cultural opuesto a la cúspide del poder, personificado en la inversión extranjera de los nuevos liberales y en su influjo definitivo en la cúspide del poder presidencial que ha descendido corporativamente hasta las bases.

Si volvemos a preguntarnos por la probable permanencia del significativo avance democrático inaugurado en los últimos comicios, habría que hacer varias afirmaciones de diferente probabilidad.

El definitivo asentamiento del nuevo modelo económico, ratificado en el Tratado de Libre Comercio exige, en forma sistémica, un cambio en lo político. Recientemente, los inversionistas europeos han vuelto a ratificar lo que tantas veces repiten los norteamericanos: la democracia en las elecciones, hecha posible por un bipartidismo mínimo, es condición necesaria e indispensable para garantizar la seguridad de las inversiones.

Desde este punto de vista, no creemos que el antiguo sistema político mexicano es compatible con el nuevo sistema económico. Si la vieja política no se adapta al cambio, será arrollada por él. En este sentido, producen estupor las declaraciones de algunos miembros del Poder Judicial que han llamado a Carlos Salinas traidor por haber entregado algunos estados de la República a la oposición. Independientemente de lo que haya sido Carlos Salinas, esta afirmación parece haber salido del más rancio monopolio partidista que suspira por los viejos privilegios.

Esta exigencia económica en la política hará todo lo posible por sostener las instituciones que propicien esta democracia formal, como el IFE. Podrá presionar con amenazas económicas, pero no podrá llegar a influir, definitivamente, en activar la presencia en los comicios.

Hay, pues, una altísima probabilidad de que no sólo se establezca la pluralidad de partidos en la competencia electoral, sino que se imponga definitivamente. Y si ahora resulta un avance frente a los viejos políticos, porque rompe el presidencialismo al crecer la oposición en las Cámaras, puede llegar a ser el más fuerte impedimento a un crecimiento más auténtico de la soberanía nacional. Sería una democracia acotada que nunca rebasaría ni cuestionaría el modelo económico.

Las injusticias sociales que acarrearía este modelo económico, la cooptación que impidiera continuar el cambio, la corrupción e inseguridad públicas que llegaran a los niveles de la sociedad americana, la impunidad ante la ley, y las insatisfacciones ante un pluralismo alineado de los partidos políticos, llevarían necesariamente a una democracia más abierta.

2.2 Acciones coordinadas que requiere el funcionamiento del sistema

Cualquier sistema cultural pone en movimiento el flujo de beneficios sociales por medio de un conjunto de acciones coordinadas, que actúan en las diversas instancias. Pongamos el ejemplo del empleo/desempleo. Ante los

cambios económicos, las empresas reajustan las plazas de trabajo y los salarios, hay abandono de trabajo y despidos, desplazamientos y movilidad social, migraciones al extranjero, crisis de autenticidad en los sindicatos y su sujeción a las fuerzas políticas, desactivación de las huelgas por no llenar los requisitos de legalidad o por acuerdos corruptos, aumento del descontento e inseguridad sociales. En este sentido, pues, la rica participación ciudadana en los comicios es un conjunto coordinado de acciones que, de perseverar, tendrá repercusiones en el pluralismo político, en la toma de decisiones, en los cambios de legislación. Y así podríamos recorrer todo el sistema.

Veamos qué nos dicen algunos acontecimientos del semestre, que ponen de manifiesto la coordinación de acciones que hacen más o menos posible el flujo de beneficios sociales en nuestro sistema.

Muy recientes estudios sociológicos ponen en claro la situación actual del electorado mexicano y refieren sus principales actitudes a la matriz cultural en que se debaten valores y antivalores.

Como se hace cada vez más difícil la manipulación de los votos a partir del momento en que son depositados en las urnas, se intenta, con medidas cada vez más refinadas, hacer una manipulación más eficaz y sutil, en el tiempo anterior a las elecciones. Este manejo, sobre todo por los medios de comunicación, se da en todos los países del mundo.

En México, el actual ajuste político al cambio económico, trae consigo ese refinamiento en implantar las técnicas que son eficaces en el manejo de los votantes para que den un voto, "libre" pero condicionado. Esos efectos quedan plasmados en los votantes. Una manera, pues, de acceso a ellas es mediante el análisis de los votantes mismos.

Una primera categoría de votantes puede tipificarse con la palabra "volátiles"; son los que siguen viviendo bajo el político rubro de Suave Patria: "vives al día como la lotería". Se trata de la imprevisión, del inmediatismo, de la despreocupación completa por el futuro inmediato. Son los que llegan a "votar en caliente", al primero que se les ocurre, y constituyen un conjunto amplio de la población. Se trata, dicen los sociólogos, de un gran número de gente que ha sido totalmente rebasada por la movilidad social. Van con tal retraso con relación a la marca de la sociedad y en tal marginación (falsa independencia), que toman soluciones "a las volandas". Están condicionados, básicamente, por lo único que les importa, el momento. Estos votos son

muy manipulables. También se dan en el primer mundo. En Inglaterra, por ejemplo, son los votos que deciden el resultado en las votaciones de las cámaras. Humorísticamente, dicen los ingleses, que son los que se duermen en las sesiones y a los que, en momentos de votación, los vecinos aprovechados les levantan el brazo. Son los que sólo se fijan en alguna de las promesas de los candidatos, para exigirlos de inmediato sin otra consideración. Los políticos sin escrúpulos les prometen cosas incumplibles. Saben que “el prometer no empobrece, que el dar es lo que aniquila”. Las demandas de los “volátiles” fácilmente se volatizan también. Además, en general, no tienen fuerza social para exigir. Son, en buen número, los más marginados.

Otra categoría es la de los votantes con miedo. En 1994 vimos cómo se intensificó la propaganda en ese sentido: votar de manera conservadora, por lo que siempre ha sido, no sea que venga la subversión de los radicales, sin excluir ni a los partidos políticos ni a Marcos y sus secuaces. La campaña de mayor éxito en los medios de comunicación fue en este sentido. Esta campaña induce el miedo, produce pasividad, silencio y no intervención, como en el caso de muchas asociaciones religiosas que, por miedo a parecer que intervenían en política, callaron unos imperativos éticos sociales que no debían silenciar.

Estas actitudes tienen su fundamento en una cultura siempre aplastada por el poderoso, con muy escasa conciencia de su libertad y fuerza.

El mexicano es improvisador e inmediateista, es individualista, porque no tiene experiencias de solidaridad. Algún literato dijo, en forma fugaz pero certera, que el mexicano es inmediateista porque no tiene esperanza. Es decir, porque no confía en los demás, como debiera; porque no le queda sino “rascarse con sus uñas”.

Hay una tercera característica del sustrato cultural, la cual puede ser también manipulada por el sistema y las instituciones que en él compiten. Se trata del voto coaccionado.

Por coacción se entiende la acción directa sobre el ciudadano para influir en su voto, mediante presiones, amenazas o chantajes ejercidos por gente con autoridad y poder sobre él. La coerción va o por la línea de la “gratitud obligada” para con el poderoso que hizo un servicio, o directamente por la ayuda, como permisos para trabajar, o hacer oficialmente alguna cosa. Otras veces se trata de beneficios más pingües o duraderos,

como entrar en programas de beneficio social permanente, directo y personalizado. Sobre todo en el campo se da la coerción por medio del crédito para la siembra o el reparto de bienes de subsistencia o mejoramiento.

Hay otra coerción de mayor dependencia, porque liga más directamente el voto con el beneficio. Se está tornando cada vez más difícil dado el avance de la legislación en materia de sufragio. Por desgracia, la penalización no ha sido suficiente y no ha disuadido las acciones de coerción.

En lugares apartados, todavía es muy natural que los líderes pidan y recojan las credenciales de elector para integrar las listas, y las devuelvan unos días antes de la elección. No es raro que los electores, antes de depositar el voto, muestren la boleta a alguno de sus valedores, para que conste por quién votaron. Por estos procedimientos se priva legalmente del derecho a mantener en secreto la intención del voto, porque la presión se realiza a partir de terceros.

Mediante la entrega de bienes o servicios, despensas, bolsas de arroz y frijoles, vales y prendas de ropa, se compra ilegalmente los votos. Y consta que son varios los partidos políticos que hacen esto.

Se puede ejercer la coerción no sólo en bienes sino en favores políticos.

Es muy difundido, entre el pueblo, que se trabaja en las campañas políticas para obtener puestos o favores políticos. Cuando no se hace, la gente siente que no ha sido reconocida o retribuida.

El abstencionismo puede ser también manipulado, porque tiene un fuerte sentido: por motivo o sin él, no se acude a las urnas. Llega incluso a estar escindido de la cosa pública. Le falta interés y aun esperanza en ella, porque apenas ha podido verle algún escaso fruto. Proviene, necesariamente, de que el voto ciudadano ocupa un lugar secundario en la escala de valores del individuo. No hablamos del abstencionismo por accidente.

Hay tres incógnitas que deberán ser despejadas en torno al porqué de la reunión, en México D.F., del presidente Clinton con la oposición, sabiendo que, entre los países, lo común es el trato oficial entre gobiernos. ¿Por qué precisamente se arriesga Clinton a ser juzgado por el partido oficial como intervencionista en la política interior, o al menos, como poco respetuoso?

A nuestro entender y, dado el silencio del PRI en este punto, hay dos motivos principales: la coyuntura política mexicana ha cambiado notablemente frente a la todavía prevaleciente mayoría de este partido; y la coyun-

tura internacional que definitivamente altera la noción de soberanía en los países periféricos y, en consecuencia, en los mismos países hegemónicos.

Los intereses de los Estados Unidos requieren respuestas más claras en torno a tres preguntas: ¿Está ya México listo para dejar los setenta años de control unipartidista y pasar a un pluralismo político, sin que haya riesgo de perturbación social que amenace las garantías a la inversión social? ¿Da más garantías la oposición, en la lucha contra la corrupción? ¿Cómo es más fácil para los norteamericanos: negociar sus intereses económicos con el actual gobierno o con la oposición?

Cada una de las respuestas han de responderse en torno a tres temáticas básicas: el comercio, el narcotráfico y la inmigración.

Con esta perspectiva general, preguntémonos qué posibilidades hay para que continúe la participación coordinada de los ciudadanos en los comicios.

El cambio parece darse ya. La vuelta a la primitiva democracia, más deformada que real, tiene muy pocas probabilidades, al menos en el corto plazo. La acción coordinada del IFE, el gasto gubernamental de las campañas de los partidos y, sobre todo, el crecimiento de la conciencia política en la población y la presión económica internacional, no cambiarán por largo tiempo. A pesar de todo esto, la fuerza más poderosa que coordina las acciones de los ciudadanos es la cultura mexicana.

La cultura se desarrolla muy lentamente. La cultura mexicana, de hecho, se muestra poco perseverante, porque ha luchado en vano contra un poder prepotente. En su frustración, es impaciente porque las cosas cambien automáticamente. Tiene muy poca experiencia de constatar sus realizaciones. Mira con escepticismos los cambios, porque tampoco tiene experiencia de diálogo público, positivo en la negociación. Fácilmente se sacude la imposición de una ley que parece estar hecha para que la impunidad y la corrupción se le impongan. Todos estos aspectos negativos de una vida política muy poco gratificada, generan una fuerza inercial que puede, fácilmente, volver a abstenerse de las acciones sociales, porque lo juzga inútil.

Para cambiar estos rasgos negativos de nuestra acción social, va a influir, en gran medida, si la actual apertura democrática da frutos abundantes que convenzan y entusiasmen a la población. Desgraciadamente, ya lo hemos dicho, nuestra cultura puede hacer un pacto implícito con los aparatos gubernamentales y políticos: aceptar autoritarismos de nuevos caudillos que

lo hagan mejor, aunque no cambie de fondo el sistema político. Nuevo autoritarismo, nuevo partido monopólico, nueva irresponsabilidad colectiva.

Y si la cultura mexicana va cambiando y creciendo democráticamente, llegará a romper, tarde o temprano, los diques que la economía ha levantado en defensa propia.

2.3 Presupuestos y condiciones que hacen posible la coordinación de acciones

Así como el flujo de beneficios es posibilitado y condicionado por acciones coordinadas, también éstas son, a su vez, posibilitadas por un conjunto de presupuestos y condiciones. Se trata, básicamente, de las instituciones, los hábitos y los valores.

Ya hemos adelantado, en el número anterior, las instituciones e instalaciones principales que han hecho posible el cambio a una democracia formal operativa. Son las nuevas leyes electorales, el IFE, los partidos de oposición y también un grupo del PRI. Las instituciones financieras y empresariales, lo mismo que los grupos sociales de la base, son las que más apoyan.

Los hábitos requeridos para un cambio en el ejercicio activo de la democracia son, principalmente, los hábitos de la mente y de la voluntad. Desde una educación elemental que haga posible el empadronamiento y la votación válida, hasta una educación profunda y crítica que sepa dialogar y actuar para llevar a cabo lo que se considera mejor para el país. El hábito de la voluntad se da cuando, lo que llamamos solidaridad y corresponsabilidad, no se imagina como algo extrínseco y doloroso, sino espontáneo, adquirido, agradable. En estos hábitos elementales, el mexicano tendrá que crecer mucho todavía si quiere sostener e incrementar el sistema democrático.

Los valores culturales, estéticos y éticos son el presupuesto más sólido para la acción democrática.

Sobre lo mucho que se puede decir al respecto, parece indispensable señalar dos puntos.

El primero es la necesidad de evitar que se importen y se impongan al pueblo los valores estéticos y éticos de culturas ajenas. Culturas, incluso religiosas, que por venir del primer mundo pretenden imponerse y avasallar el núcleo más profundo de la sociedad. Todos los valores auténticos, lo

mismo estéticos que éticos, son desinteresados ante el poder. Si ellos sucumben, los hombres pierden el fundamento más sólido de su libertad.

El segundo es la necesidad de fomentar el desarrollo de los valores plurales de los mexicanos, para que lleguen a ser auténticamente vividos. La imposición destruye los valores.

En este semestre han aparecido estos presupuestos y condiciones.

Si bien miramos estos condicionamientos, podemos darnos cuenta de los enormes esfuerzos que va a tener que hacer nuestra sociedad, para mantenerse en la democracia. Tanto el liberalismo capitalista de hoy como la tendencia democrática abierta, encuentran en estos condicionamientos culturales la mayor dificultad.

2.4. Estatus de las personas en el sistema

Es importante mencionar la importancia que tiene, en nuestra cultura, la suprema autoridad, el Presidente de la República.

Ancestralmente, el modelo de autoridad pública ha sido el cacique. Es autoritario, señor de horca y cuchillo, pero también cercano a su grupo, comprensivo, calculador de lo que el pueblo puede y quiere hacer. Su voluntad está por encima de la ley. Él es la ley y la aplica arbitrariamente, si es necesario. Se trata, pues, de un autoritarismo cercano.

Esta figura no fue desterrada por el gobernante de la colonia ni ha sido cancelada en la vida independiente. En ella confluyen las figuras más opuestas como Don Porfirio Díaz y Plutarco Elías Calles.

Recientemente, México experimentó un presidencialismo por encima de todo presidencialismo, el del licenciado Carlos Salinas de Gortari, ahora en el extranjero y amenazado de ser expulsado del partido oficial. A su mandato atribuye el pueblo la más severa crisis que haya tenido el país.

En consecuencia, hay un rechazo generalizado no sólo a su persona sino al estatus de un presidente que le falló. El pueblo soporta el autoritarismo con tal de que el caudillo se desempeñe con éxito.

Cuando el doctor Zedillo asumió la presidencia de la República, se vio en serias dificultades, no sólo por el asesinato de Colosio, sino porque tenía que apartarse de la figura presidencial salinista y mostrar otra cara, la de un presidente menos autoritario que deja la acumulación de poder y reivindica los poderes Judicial y Legislativo.

Aunque intervengan características de su carácter, el hecho es que la gente no ha aprobado la línea intermedia de baja intensidad que ha asumido tanto frente a la reforma electoral, al IFE, y al creciente pluripartidismo de una creciente oposición. Esa actitud moderada, que desdibuja la figura del cacique, tampoco es aceptada.

Si esta hipótesis se confirma, tenemos también que la cultura popular afianza el autoritarismo presidencial y busca un líder poderoso.

Con esta consideración del estatus del presidente, podemos concluir nuestra reflexión.

Hay enormes fuerzas de valores y antivalores culturales de nuestra nación que van a resistirse a entrar a un cambio más democrático: primero el de elecciones abundantes y transparentes y luego el de una democracia abierta que devuelva al pueblo su corresponsabilidad en la configuración solidaria de un flujo de beneficios comunes que permitan a todo mexicano realizar su vocación personal dentro de una sociedad pujante por los auténticos valores de su cultura.